

abono de la tierra y se multiplicaron los aparejos y útiles de labranza. En el Palatinado prosperó el cultivo del tabaco; en Baden el del cáñamo; en Wurtemberg, Westfalia y Silesia el del lino; y en Franconia y Bohemia el del lúpulo. En la cría del ganado vacuno y lanar, y en la producción de queso, leche y manteca, ocuparon naturalmente el primer lugar Suiza, la alta Baviera, Boralberg, el Tirol y Estiria; y en la cría del ganado caballar, Holstein, Mecklenburgo y Hannover. El cultivo de los árboles y plantas frutales se extendió desde los alrededores del lago de Constanza, siguiendo la línea del Rhin, por Suabia, el Palatinado y Franconia. La viticultura, practicada con creciente celo é inteligencia, daba resultados cada vez más prósperos en el sudoeste de Alemania; miéntras que en el nordeste la vid cedia casi completamente el terreno á la patata, más productiva y conforme con la naturaleza del suelo. En Turingia se comenzó á practicar más racionalmente la selvicultura, aunque esta no se apreció debidamente hasta que se fué experimentando más y más la falta de combustible para la industria. En el último tercio del siglo XVIII efectuóse también una gran transformación en la horticultura: la afición á los setos, bosquecillos y á enramadas metódicamente alineadas, á los senderos trazados geométricamente, con regularidad matemática, y á las estatuas mitológicas, desapareció muy pronto, sustituyéndose en los jardines al «embellecimiento de la naturaleza», «la imitación de la naturaleza,» para lo cual sirvieron de modelo los parques ingleses, con su verde césped, sus grupos de plantas, sus arbustos pintorescamente diseminados, sus juegos de agua y sus tortuosas sendas.

En la arquitectura, conservóse aún en la disposición de las casas el gusto francés llamado *rococo*, que bajo el reinado de Luis XV llegó al apogeo de lo extravagante y lo grotesco, y al que con justa razón se dió el calificativo de estilo Pompadour. Basta pronunciar este nombre para despertar al punto la idea de lo afectado, de lo ampuloso, del falso esplendor, y con frecuencia también del vandalismo, puesto que el *rococo* influyó perniciosamente en las obras y monumentos del estilo ojival y del Renacimiento, sustituyendo con sus caprichosos adornos las bellezas de lo antiguo. El yeso fué el más eficaz auxiliar de esa arquitectura, basada, no en lo grande y majestuoso, sino en lo amanerado y bonito, en lo aparente y deslumbrador. En las casas acomodadas, particularmente en el campo, conserváronse durante todo el siglo XVIII, y aún en nuestros días, cámaras adornadas al estilo del siglo XVII, ó al de los mejores tiempos del XVI, y no como cosas raras, sino para habitarlas usualmente. Así se observaba, y obsérvase todavía, particularmente en la Suiza alemana, donde en muchas localidades se manifiesta una tendencia persistente á conservar las antiguas costumbres del país. Por eso se mantenía en vigor el uso de cubrir las paredes de las cámaras ó salones con un elegante revestimiento de madera; y añadiremos que en los siglos XVI y XVII fué cuando alcanzó mayor desarrollo en la Suiza alemana el arte de construir chimeneas. En una antigua casa señorial, habitada sin embargo hace mucho tiempo por campesinos, en Wulflingen, cerca de Winterthur, se ve aún hoy una magnífica chimenea de aquella época, verdadera obra maestra fabricada con ladrillos, la cual nos ofrece una prueba de la habilidad artística con que los antiguos alemanes realzaban á su consoladora é indispensable amiga durante la mayor parte del año. Las ciudades del norte de Alemania, sobre todo las marítimas, no fueron infestadas tanto como las del mediodía por el estilo Pompadour en el adorno y disposición de las casas; las construcciones macizas, con sus

remates denticulados, ofrecían un aspecto pomposo. El decorado interior era sencillo y duro, como en la Edad media; pero á causa de las íntimas relaciones comerciales con Inglaterra, ofrecía la casa muchas comodidades no conocidas aún en otros puntos.

No puede negarse que el traje *rococo*, con sus caprichosas formas y variedad de colores, estaba en perfecta armonía con el adorno interior de las habitaciones. El traje de gala, tal como lo vestían los hombres, desde el ciudadano rico hasta el ministro, el príncipe y el emperador, consistía en una casaca de terciopelo ó de seda de color claro ú oscuro, ricamente adornada con bordados de oro y de plata en el cuello, en las costuras y en las anchas bocamangas; el chaleco de brocado y muy abierto, permitía ver la corbata de encajes y la pechera de la camisa, guarnecida de encajes que hacían juego con los de los puños; el calzón corto, era de la misma tela que la casaca, pero de otro color; las medias de seda, y por último los zapatos, pues sólo se usaban botas para la caza, para montar ó en días lluviosos, estaban adornados con hebillas de acero, plata ú oro. Miéntras la peluca de rizos estuvo en moda, usóse el sombrero bajo de seda negra, que se llevaba generalmente debajo del brazo; pero cuando la coleta, transmitida por la soldadesca de Federico á todo el mundo masculino, sustituyó á la peluca, el sombrero de fieltro negro de tres picos adquirió mayores dimensiones ocupando su puesto natural en la cabeza. El rostro del «hombre de mundo» debía estar completamente afeitado; y hasta principios de nuestro siglo no volvió á recobrar su imperio la barba. Todos los hombres á la moda, jóvenes y ancianos, ceñían espada; y los señores de edad no olvidaban nunca un «junco español» con puño de oro ó de plata.

El traje de nuestros abuelos nos parecería más extravagante aún si no lo fueran tanto las modas femeniles de estos tiempos. Cuando las hermosas de la época de los polvos y de la coleta, y también las que no lo eran, querían presentarse de gala en sociedad, su traje era una obra artística que exigía no poco trabajo y tiempo, sin hablar del dinero. Hé aquí la descripción del exterior de una «dama del gran mundo» en traje de fiesta: en la cabeza elevábase una especie de torre de cabello de varios pisos, sostenida con alambre y crin de caballo, engomada, empolvada, ornada con un cúmulo de cintas, flores y plumas, y que hacía parecer á su portadora un metro más alta de lo que era. Una coraza que hacía las veces de corsé, formada con varillas de ballena, impelia hácia atrás la espalda y los brazos, y haciendo sobresalir el seno, comprimía la cintura, comunicándola cierta semejanza con el cuerpo de una avispa. Sobre la ancha circunferencia del armazón de alambre, extendíase la falda de seda, llena de falbalás, cintas y lazos, y cubierta de una sobrefalda muy larga, abierta por delante, con ricos adornos á los lados; las mangas, guarnecidas de encajes, sólo llegaban hasta el codo, quedando el antebrazo cubierto por largos guantes perfumados. El cuello y el pecho se llevaban tan al descubierto que los eclesiásticos de las dos confesiones se escandalizaban, hasta el punto que el predicador de la corte, Hermes, llegó á lamentarse amargamente de ello en su novela moral *Viaje de Sofía de Memel á Sajonia*, impresa en 1770. «Oh vosotras, decía, las más nobles del sexo femenino, os conjuro á considerar en qué apuros pone el modo de vestir de las damas al predicador y á cualquier hombre que no quiera miraros la punta de la nariz, ni dirigir la vista malignamente á la pared hácia vuestro lado.» Como era de esperar, á despiques de las predicaciones y de las quejas, el cuello y el seno continuaron tan desnudos como ántes. Las damas elegantes llevaban abanico,



y el pañuelo adornado de encajes, y además en el bolsillo una cajita de nacar provista de «moscas,» ó lunares postizos. La acertada eleccion del sitio en que debian aplicarse estas «moscas,» cortadas en las formas más graciosas, y que se llamaban «asesinas,» por el efecto que habrian de producir en el corazon de los hombres, era uno de los secretos más importantes del tocador. Las damas llevaban zapato de raso ó de terciopelo, con lazos bordados de oro y tacon de una



BAILE PASTORIL

pulgada de alto casi en el centro de la suela, lo cual obligaba á las bellas á andar apoyándose en la punta del pié. Este calzado, y sobre todo el traje de los hombres y de las mujeres, nos dan á conocer el aspecto afectado de la sociedad de aquella época, explicándonos especialmente su manera de andar y moverse en los pasos de baile. Todo estaba calculado y medido por el patron del «minué.» Por lo demás, debe confesarse que esta danza predilecta de la época de la coleta y de los polvos era, no sólo más decorosa y decente, sino tambien más artística y graciosa que las contorsiones, empujones, apretones y rápidas vueltas que se llaman bailes hoy dia.

En los dos primeros tercios del siglo xvii el trato social estaba sometido á una severa regla, haciéndose aún la distincion de clases segun las castas. Hé aquí porqué despues del período de la revolucion y del terror, en 1800, consideróse en Weimar como cosa sin precedente un baile al que asistieron nobles y burgueses. En la época de la coleta y de los polvos, y particularmente en las esferas superiores de la clase media, sometíase la vida á severas reglas, estando sobre todo las casadas y solteras sujetas á la mas rígida conveniencia. El padre de familia ejercia



MARIA TERESA

una autoridad sin límites, que ninguno pensaba en eludir; y no solamente los hijos, sino tambien la esposa, obedecíanla ciegamente. La ilustracion de las mujeres se limitaba al catecismo, que reinaba cual soberano así en las familias católicas como en las protestantes. La lectura de novelas se consideraba como un pecado. La cultura femenil superior de las damas y de las



burguesas llegaba hasta hablar un poco en francés, tocar y tararear árias. No estaba bien visto que las mujeres se presentasen solas en el paseo, en el teatro ó el concierto, y hubiera sido cosa grave é inaudita que una jóven ó casada de buena familia entrase en la iglesia ó en una tienda sin ir acompañada de su camarera. Por lo demás, á pesar de haberse adoptado las modas, la lengua y las danzas francesas, no era difícil encontrar en la nobleza y en la clase media quien observase con todo su rigor los buenos principios alemanes, pensando que el gobierno de la casa es la más hermosa misión de la mujer. Ejemplo de ello dió la baronesa Ana Dorotea de Hardenberg, cuyo hijo, Federico Augusto, fué más tarde ministro de Wurtemberg, y que nos dejó un libro notable, el cual nos permite penetrar en la vida íntima de una familia noble del tiempo de la coleta. La noble dama ejercía una rigurosa vigilancia sobre el horno de cocer el pan y el departamento de las hilanderas, así como sobre los criados y criadas, inspeccionando por sí misma la preparación del queso y la manteca. No dispensaba ni á sus hijas ni á las mujeres de servicio de hacer su tarea diaria en el trabajo de hilar. Por una de sus «listas de comida» vemos que esta constaba á medio día de «sopa de caldo, carne de vaca, con salsa ácida y nabos tiernos.» El arreglo de la casa era sencillo; las habitaciones no tenían pavimento de madera, sino de ladrillos, y las paredes estaban blanqueadas en vez de ostentar tapices. Los muebles eran sólidos, y abundantes la vajilla de plata y la ropa blanca. En cuanto al método de vida, era uniforme y monótono; sólo se recibían visitas en las ocasiones solemnes, y acaso cuando se trataba de una cacería, pero entonces los convidados acostumbraban á permanecer algunos días, pues el mal estado de los caminos únicamente en los más largos días de verano permitía la ida y vuelta de aquellos cuyas moradas se hallaban á dos ó tres horas de camino.

Versalles continuaba sirviendo de modelo en el modo de ser de las cortes alemanas, particularmente desde que, bajo el reinado del último Habsburgo, las modas francesas habían sustituido á las españolas también en la corte de Viena. El célebre canciller de María Teresa, conde Kaunitz, era el tipo de aquel afrancesamiento que produjo en la voluptuosa ciudad del Danubio, ó por lo menos en la sociedad elegante, una extraña mezcla del refinamiento y la galantería de los franceses con la ruda ignorancia interior y la mojigatería religiosa, de la que aún se conservaba una buena dosis. De aquí resultó que damas y caballeros, después de pasar las noches en orgías, practicaban en las calles y en las iglesias de Viena las más grotescas penitencias públicas, para volver á entregarse después á sus placeres. María Teresa, que con razón pasaba por la mujer más hermosa de su tiempo, era tan excelente madre como buena esposa; tenía gran talento, y sabía manejar con maestría ese lenguaje afable especial en Viena. Así en su casa como en su corte, todo era espléndido, y gustábale arrojar el dinero á manos llenas á su alrededor, en el sentido literal de la palabra. Se había propuesto generosamente hacer á sus súbditos, de alta y baja condición, tan honrados y virtuosos como ella, pero pronto hubo de reconocer que las ordenanzas de policía no bastan para refrenar la licencia y que las buenas costumbres no se pueden imponer. Las famosas «comisiones de castidad» instituidas por María Teresa, hicieron más mal que bien, enseñando al vicio á disfrazarse bajo el manto de la hipocresía. La emperatriz, teniendo la conciencia de su «derecho divino,» pensaba y obraba como soberana absoluta, pero sin desconocer las necesidades de la época; y atendida su educación y sus costumbres, no se puede menos de agradecerle el haber intentado introducir

en el Austria monacal, valiéndose de hombres como Switen y Sonnenfels, los puros rayos del luminoso sol del siglo.

En la corte de Berlin, el rey Federico I había llevado á su colmo el amor por todo cuanto tenía gusto francés. Federico Guillermo I, que decía: «No me agrada ese furor por lo francés; soy verdadero alemán,» opinaba lo contrario; mas como el rey-cabo, que tenía montada su casa á semejanza de la de un hidalgo campesino, y quería inspeccionar por sus propios ojos la cocina la bodega, la despensa y el granero, buscaba y creía haber encontrado el germanismo en la rudeza teutónica, la corte de Prusia ofreció durante su reinado un aspecto nada seductor, mezcla de cuerpo de guardia y de convento. La hija del rey Guillermo, condesa de Bayreuth, ha bosquejado en sus «Memorias» un cuadro poco edificante de aquella corte. Si hemos de juzgar por el incisivo lenguaje y la pluma, más incisiva aún, de aquella princesa, el avaro monarca hacía padecer hambre á su propia familia. La indiscreta hija refiere cosas espantosas de la brutalidad del padre, ortodoxo y beato, sobre todo con su hijo Federico, el cual, según dice la princesa, fué arrancado varias veces á duras penas de las manos asesinas del enfurecido autor de sus días. Es un hecho notable y característico de la época, que este rey, esencialmente tudesco, hiciera educar á su único heredero sólo por franceses y francesas; de modo que Federico creció afrancesado y no tuvo en toda su vida el menor interés ni afición por la cultura alemana. Como rasgo el más característico de la corte de Federico I puede citarse la célebre «tertulia del tabaco» del rey, cuya plebeya sencillez formaba por cierto un singular contraste, aunque no desagradable, con el exagerado fausto, con el lujo, elegancia y corrupción de otras cortes alemanas, y en particular la de Dresde. Las bromas que los generales, ministros y diplomáticos, reunidos bajo la presidencia del rey, y mientras fumaban y bebían cerveza, se permitían, después de tratar de los asuntos de guerra y política, con los dos profesores bufones de la corte, Gundling y Fassmann, no eran ciertamente muy finas; pero Guillermo figuraba mejor en su fumadero, que su vecino Augusto de Sajonia en medio de sus odaliscas alemanas, polacas, italianas y turcas, y rodeado de sus hijos bastardos. La corte de Federico el Grande estaba gobernada de modo que se pudiesen conciliar la economía con la dignidad; en las grandes ocasiones sabía ostentar toda la pompa de los reyes; mientras que en sus residencias de Postdam y Sanssouci el monarca no gastaba más de ochocientos mil pesetas al año. Federico era en su persona tan sencillo como su padre, pero no le gustaba cazar, fumar y gastar como él; su distracción favorita era la música, la lectura de libros franceses y composiciones poéticas del mismo idioma, y la conversación con sus comensales Voltaire, Maupertuis, Dargents, Lamettri y otros. Las «cenas de Sanssouci» eran famosas en todo el mundo, mas no conocidas de los alemanes, pues Federico profesaba á la ciencia y al arte de su país, así como á sus representantes, un desprecio que sólo igualaba á su ignorancia de lo que valían aquellos. Jamás quiso tomarse el trabajo de aprender á escribir y hablar correctamente el alemán. Si del tiempo que malgastaba en componer versos franceses, muy pobres en el fondo, hubiese consagrado una pequeña parte á observar y estudiar el movimiento intelectual de su país, en una época en que Wieland y Lessing habían escrito ya sus obras maestras y en que el genio del jóven Goethe comenzaba á tender su vuelo de águila; si, cuando menos, hubiera querido recordar lo que Gellert le dijo en su famosa conversación, en 1760, no habría emitido en 1780 la opinión injuriosa é infundada de que los ale-